

MI ABUELA Y LA RED



«De la traducción a la creación» 2019





De la **TRADUCCIÓN** a la **CREACIÓN**

CONCURSO LITERARIO PARA TRADUCTORES E INTÉRPRETES

Palabras+ y la **Asociación de Funcionarios Internacionales Españoles (AFIE)**, en colaboración con la Facultad de Traducción e Interpretación (FTI) de la Universidad de Ginebra, la Asociación Internacional de Traductores de Conferencias (AITC) y el Club del Libro en Español de las Naciones Unidas, convocan la sexta edición del concurso literario para traductores e intérpretes «**De la traducción a la creación**». Este concurso se enmarca en los actos de la [Semana del Español en Ginebra](#).

En la edición especial de 2018, con motivo de nuestro primer lustro de vida, traductores e intérpretes hispanohablantes hicieron gala de su vena más poética y nos enviaron décimas sobre el tema de la identidad. En 2019 retomamos el formato de **relato corto**, con algunas novedades.

1. TEMA DE LA SEXTA EDICIÓN: MI ABUELA Y LA RED

Este año os invitamos a que nos enviéis:

un **relato corto** sobre el tema de la presente edición

y

un **archivo de audio** con la grabación del relato.

2. PARTICIPANTES

Podrán participar los **traductores** o **intérpretes** (estén o no en activo) y los **estudiantes de traducción e interpretación** que tengan el español como lengua de destino.

3. PRESENTACIÓN DE LAS OBRAS

Cada participante podrá presentar **una sola obra**. Para ello, enviará un correo electrónico a la dirección palabrasmas@afie.es e indicará el título de la obra en «Asunto». En el cuerpo del mensaje, el autor indicará sus datos personales, un seudónimo y una breve descripción (máximo 5 líneas) de su experiencia justificable como traductor o intérprete.

Adjuntará al correo dos ficheros:

- Un **documento Word** titulado [SEUDÓNIMO DEL AUTOR]_RELATO.doc/.docx que contenga el **relato corto** firmado con el seudónimo. La obra estará escrita en español, será original e inédita y no habrá sido premiada con anterioridad ni estará pendiente de fallo en otros certámenes. Tendrá una extensión de **entre 300 y 500 palabras** y se presentará en caracteres Arial 11 a doble espacio.

- Un **archivo de audio** (en formato .mp3, .ogg o .wav) titulado [SEUDÓNIMO DEL AUTOR]_AUDIO.mp3/.ogg/.wav con la **grabación del relato**. Para garantizar el anonimato, la voz del autor no deberá aparecer en la grabación, que tendrá una duración máxima de **tres minutos**. Podrán utilizarse todos los recursos que se consideren oportunos: sonidos, efectos, intervención de varias personas, música (no sujeta a derechos de autor), etc. No es necesario que la grabación sea de calidad profesional; basta con que sea nítida y pueda entenderse con facilidad. Por ejemplo, se puede utilizar simplemente un teléfono celular.

4. JURADO

Si no quieres enviar un relato, pero te gustaría participar en el jurado, puedes inscribirte para evaluar los textos de tus colegas. Todos los relatos serán evaluados por varios lectores, que los calificarán de 1 (puntuación mínima) a 10 (puntuación máxima). Ganará el relato que obtenga la puntuación media más alta. En caso de empate, Palabras+ elegirá el relato ganador.

5. INSCRIPCIONES Y PLAZOS

Puedes inscribirte como escritor enviando tu obra antes de las 12 de la noche (hora de Ginebra, Suiza) del **15 de julio de 2019**.

Si quieres inscribirte como lector, envía un correo electrónico con tus datos personales y una breve explicación (máximo 5 líneas) de tu experiencia profesional en el mundo de la traducción o la interpretación a palabrasmas@afie.es. El plazo para inscribirte como lector expira el **15 de julio de 2019** y el plazo para evaluar los textos termina el **16 de septiembre de 2019**.

6. PREMIOS Y DIFUSIÓN

El autor del relato ganador recibirá un premio de **250 CHF** en metálico.

El fallo del jurado, que será inapelable, se hará público en la [página web del concurso](#) y las redes sociales en **octubre de 2019**, en el marco de la Semana del Español en Ginebra.

A medida que el Comité organizador vaya recibiendo las obras, publicará extractos de los relatos y de las grabaciones en las siguientes redes sociales:

- Perfil de Instagram de Palabras+: [@de la traduccion a la creacion](#)
- Perfil de Facebook de Palabras+: [Palabras+](#)
- Perfil de Twitter de la AFIE: [@AFIE ES](#)

7. OTRAS CONDICIONES

La presentación de una obra y la inscripción como lector suponen la plena aceptación de las presentes bases por parte del participante.

Los datos personales facilitados con motivo de la participación en el concurso no se utilizarán para ningún otro fin.

Los miembros de Palabras+ podrán participar en el presente concurso, pero no podrán optar a ninguno de los premios.

Se ruega dar la máxima difusión.

Palabras+

«Con orgullo y sin prejuicios» *Darcy (Claudia Fresán)*

RELATO GANADOR

Mi abuela Gertrudis Armengol – la iaia, así la llamamos en casa- ha pasado a mejor vida. No es que haya estirado la pata, sencillamente ha decidido dar un vuelco a su existencia, antaño monótona. Os cuento. Madre joven y abuela antes de tiempo, enviudó estando en la flor de la vida. Entre sus filias figuraba el amor por todo lo proveniente de Albión. Entre sus fobias, el miedo a quedarse sola. Ni corta ni perezosa decidió darse de alta en un sitio web inglés de encuentros para mayores de sesenta años. Surcaba los mares virtuales cual carabela, dispuesta a desembarcar allá donde la llevaran los hipervínculos, para descubrir mundos nuevos. Sus expediciones en la red eran fuente de mucho entretenimiento en casa. Los nietos nos encargamos de crear un grupo *WhatsApp* llamado “BBC Armengol”. Celebrábamos cumbres de emergencia a todas horas para tomar decisiones de envergadura por consenso. Somos dieciséis y vivimos desperdigados por el globo. Fueron tiempos de negociaciones laboriosas, aunque desternillantes. Que si la foto del perfil (yo prefería la de la elegante cabellera nívea, los demás la del pelo teñido de rubio, de cuando era más moza), que si el texto de presentación... Y así hasta que creamos su avatar perfecto. El de una mujer de edad respetable, de muy buen ver, inteligente e inquisitiva, cosmopolita, dada a todo tipo de andanzas y con recursos. Ni que decir tiene que le llovieron ofertas a mansalva. Tímidamente al principio, compulsivamente después, la abuela embuchaba nuestro grupo *WhatsApp* con fotos de todo tipo de *gentlemen* en barbour y con títulos nobiliarios. No se iba a contentar con un destripaterrones. Había jueces, baronets, lores. Transcurrió el tiempo y con él un verdadero desfile de galanes invernales. Cuando un candidato sacaba la nota de corte, la abuela Gertrudis se dejaba visitar. Poco después la cosa empezó a desmadrarse. Iba y venía de Britania (bendito easyjet, por lo menos no se arruinó) para conocer a unos y otros. En algún momento llegué a pensar que aquello acabaría mal. Imaginaba el titular en la página de sucesos: descubierta anciana descuartizada en plena campiña inglesa. Pero afortunadamente no fue así y esta historia tiene un final feliz. Durante uno de sus viajes conoció a Martin. Ronda los ochenta. Es carismático, amable y divertidísimo, con ese sentido del humor tan propio de los británicos. Y su familia, recompuesta en varias ocasiones, es tan caótica como la nuestra. En casa lo hemos adoptado, también a sus hijos y nietos. Hemos cambiado el nombre de nuestro grupo *WhatsApp* por “BBC Armengol-Stuart”, y ya no somos dieciséis sino veintitrés. Ahora alternamos casas durante las Navidades. Cuando toca en Inglaterra, las celebramos en su mansión familiar, un *manor* precioso y destartalado con unos jardines bellísimos, del que indudablemente se sentiría orgullosa la mismísima Señora Bennet.

Ucronía (Rocío Ahuja)

—Pero ¿por qué a veces se llama Internet y a veces la web?

—O la red... apunta mi hermano por detrás.

Mis padres se encogen de hombros, como queriendo decir que en realidad es lo mismo, o que ellos tampoco lo saben. La experta en estas cosas es la abuela. La miramos con ojos suplicantes para que nos las vuelva a contar.

—Lo que pasa —empieza— es que la web es una parte de Internet.

Nos miramos mi hermano y yo con cara seria. Las explicaciones técnicas aburridas a veces duran mucho y a nosotros no nos interesan. Por suerte, a ella hoy tampoco.

—Cuando yo nací —dice orgullosa la abuela— mi padre, vuestro bisabuelo, me grabó en vídeo. Salía yo cubierta de sangre y de cosas, con el pelo pringoso y berreando...

— ¿Y lo puso en Internet? —interrumpe mi hermano—.

La conversación siempre empieza así.

—No —explica la abuela con paciencia. El vídeo se lo mandó por Whatsapp a vuestro tío, que como estaba viviendo en Ginebra, todavía iba a tardar unos meses en conocerme. Pero enseguida colgó fotos mías en Facebook, aunque a mi madre no le hacía mucha gracia.

Mi hermano y yo, nerviosos y divertidos, intentamos imaginar cómo eran las cosas cuando la abuela era pequeña y la gente se comunicaba por Facebook o Whatsapp, presumía de vacaciones en Instagram y el presidente de Estados Unidos opinaba de todo en eso que se llamaba Twitter.

Hoy en día ya no se vive al ritmo de antes, todo el mundo lo dice. Hace años, si estabas muy ocupado y no te daba tiempo a hacer la compra, la pedías por Internet. La abuela siempre se acuerda riendo de una vez que su madre quiso comprar 10 yogures y sin querer pidió 100... Si te querías comprar unos zapatos y en la tienda no quedaban de tu número, también los pedías por Internet. O si querías preparar una tarta de chocolate fácil para el cumpleaños de tu mejor amigo, la buscabas en Google y ahí te aparecían miles de vídeos con recetas.

— ¡Pero entonces todo se hacía por Internet! —exclamamos extasiados.

—Todo —confirma la abuela.

El resto de la historia ya la conocemos. Ciberataques, ciberespionaje, robos de datos y suplantación de identidad... Por motivos como estos, la web fue quedando abandonada y sus contenidos, obsoletos. Hoy ya solo la utilizan expertos que primero tienen que pasar infinidad de pruebas y exámenes de autorización.

La abuela suspira, a ella tampoco le gusta esta parte de la historia. Mira la hora y se pone de pie.

— ¡Ya es hora de irnos! A ver si vamos a llegar tarde al cine.

Vuelve a suspirar, resignada.

—Veis, esto con Netflix no pasaba. Elegías la película que querías cuando te venía bien, y te la veías tan ricamente en el sofá de tu casa.

Mi hermano y yo, como siempre, asentimos serios y vamos corriendo a ponernos el abrigo.

«La red de mi abuela»

Fedoncio López

Mi abuela teje. Con su voz, esa voz que reconozco desde siempre, mi abuela teje historias. Sentada en el sillón o de pie en la cocina, mientras hojea una revista o amasa una pastafrola, mi abuela va creando una red multicolor de historias heredadas. De barcos, baúles y viajes. De océanos que se cruzan, obstáculos que se vencen y lenguas que se desconocen y que el migrante adivina antes de aprenderlas.

Mi abuela nos cuenta la historia de sus padres, de su llegada a nuestro país. Y, sobre todo, nos cuenta la de su madre, Ana, que no llegó con quien sería su esposo, sino que vino sola y de casualidad, por un error lingüístico. Cuenta que, de niña, Ana vivió la Segunda Guerra Mundial en Lituania. Que pasó no sé cuántos días escondida en un pozo con sus hermanos, comiendo cáscaras de papa, muertos de frío y miedo. Cuando al fin lograron salir, se encontraron con un país devastado por los bombardeos y sin sus padres. Cuenta que los hermanos se pusieron a trabajar, rearmaron sus vidas como pudieron, y a Ana nadie le explicó nada. Por lo tanto, una tarde, fue a buscar respuestas a la iglesia. «¿Y mi mamá?», le preguntó al sacerdote, «¿Dónde está?». «Hija mía», dijo él con piedad, «tu madre descansa en el otro mundo». Cuenta mi abuela que Ana entendió mal la metáfora o, más bien, la confundió con otra, y fue así como a los diecinueve años se embarcó sola hacia el nuevo mundo. No cuenta mi abuela que, cuando Ana llegó a América, no encontró a su mamá. No necesita hacerlo.

Mi abuela nos cuenta estas historias, que yo ya no sé qué tienen de cierto y qué se inventó, pero yo prefiero creerle, prefiero creerle todo, porque no hay nada más envolvente, más fascinante, que caer en la red de sus relatos.

«Mi abuela y las redes»

Victoria Marlo

Mi abuela no teje, no borda, no hace calceta; pero tiene un ordenador que reluce como el oro en la mesa del salón. Cada mañana le pasa el pañito para quitarle el polvo y repasa cada tecla con un producto especial — “carísimo” (dice ella) — que le ha recomendado el informático de la tienda de la esquina.

Desde que descubrió las maravillas de Internet, el “cacharrito ese” se ha convertido en su más fiel escudero. Le sirve de ventana para observar el mundo, ahora que las rodillas empiezan a flaquearle; para ver las fotos que cuelgan sus nietos en Facebook, y para hablar conmigo por Skype. Su cacharrito — me dice — le sirve para seguirme allá donde voy, a cada nuevo destino.

Cuando me fui a vivir a Roma, empezó a leerse las noticias de “*La Repubblica*” en Internet con el cafecito de la mañana. No sabía italiano, pero fue aprendiendo, buscando las palabras que no entendía en alguna página de traducción automática. Me hablaba de Berlusconi como si se tratara del vecino del primero: sus trasplantes capilares, sus devaneos con jovencitas de vida alegre, sus fiestas regadas de alcohol,...

Cuando pasé el concurso de las Naciones Unidas, dejó de leer *La Repubblica* y se puso rápidamente a estudiar swahili, convencida como estaba de que me iban a enviar a Nairobi (“¿Sabes cómo se dice “pimienta” en swahili? *Pilipili*. ¡Qué bonito suena! Y “sal” se dice “*chumvi*”). Su pasión y entrega eran contagiosas, así que me resultaba difícil explicarle que poco iba a hacer yo en Nairobi sabiendo decir “*pilipil*”, “*chumvi*” y “*limau*”.

Finalmente, me enviaron a Nueva York, en lugar de Nairobi, lo que le resultó un gran alivio porque conocía bien el inglés, de sus años de juventud trabajando de enfermera en Londres, y porque con los cursos de swahili no había pasado del nivel 3.

Nunca vino a visitarme a la gran manzana (“Ay, mi niña, quién aguanta esos viajes de 9 horas a mi edad”), pero se conocía todas las calles de la ciudad como si hubiera nacido en ella: “Han abierto una cafetería nueva en la 40 con la 1ª, muelen el café ahí mismo, que se traen directamente de Colombia. ¡¡Tienes que ir a probarlo, que el aguachirri que te dan ahí no es de recibo!!”. “¿Dónde has leído eso, abuela? — le decía yo—. ¿En algún blog de viajeros?” “Tú hazme caso que no te arrepentirás”.

Cuando nacieron mis hijos, empezó a mirarse los pronósticos meteorológicos de Nueva York todas las mañanas para aconsejarme si necesitaban una “rebequita” antes de salir a la calle o directamente un “anorak de forro polar, porque están llegando unas tormentas de nieve de mucho cuidado”. Le acabé rogando que me comunicara tan valiosa información con un simple “sms”, porque sus llamadas por Skype a las 2 o 3 de la madrugada nos sobresaltaban en pleno sueño. “Ay, mi niña, es que eso de la diferencia horaria es un lío. ¿Cuándo venís y hablamos en persona?”

* * *

Post Scriptum: Un día se cortó la conexión. Su ordenador dejó de encenderse y se llenó de polvo. Añoraré esas llamadas intempestivas, esos partes meteorológicos y esos consejos gastronómicos. Efectivamente, el café estaba muy bueno en la 40.

«Encuentros»

Colorín Colorado

Sentada bajo la parra, mascaba unas hojas de coca. Sus ojos largos alcanzaban el fondo del jardín, donde yo andaba travesando con palos y piedras, o trepándome a algún árbol. Habré tenido unos nueve o diez años por aquel entonces, ¿y ella? Más de 100. Tal vez 103.

Al caer la tarde, solía zambullirme en esa mirada caudalosa y braceaba frenéticamente en aguas de color chocolate, que no me dejaban ver el fondo. Ya llegando a la orilla, hacía pie en la arena barrosa y salía caminando hacia la ribera, donde me encontraba siempre con la misma niña. No ha de haber tenido más de cinco años aquella *mitãkuña'i*, que lanzaba y recogía incansable un raído esparavel. De vez en cuando la veía enganchar algún mojarrón, y si la acompañaba la suerte, por ahí salía alguna tararira.

Cuando me veía llegar, dejaba lo que estaba haciendo y se ponía a dar saltitos, agitando los brazos en el aire. Ni bien salía yo del agua, nos adentrábamos en el bosque selvático e íbamos colgados de liana en liana, entre monos y coatís, por un mundo que para mí era tan fantástico como entrañable. Al caer la noche, corríamos de vuelta hacia la orilla, alumbrados por infinitas chispas verdosas que se escapaban de los bichitos de luz. Yo tenía que regresar a casa, y entonces ella me dirigía excepcionalmente la palabra, con su indeleble tonada guaraní: “chau, *mitã'i*”. Así se despedía, llamándome “niñito”, como si fuese mayor que yo. Después, desaparecía rauda en la espesura, sin siquiera esperar a que yo le devolviese el saludo.

Según pasaron los años, cesaron nuestros encuentros. Yo seguí nadando durante mucho tiempo por esas aguas de chocolate, queriendo encontrarla. Pero lo cierto es que, a los ocho años, a ella se le fue la infancia, y yo seguía siendo un *mitã'i*. Desde la orilla, la veía acarreado sacos de mandioca o vendiendo chipas en el pueblo; algunas veces se acercaba a la ribera con su viejo esparavel, y aunque pasaba a mi lado, ya no me veía.

Volvimos a encontrarnos casi un siglo después. Sentada bajo la parra, mascaba unas hojas de coca. Sus ojos largos alcanzaban el fondo del jardín, donde yo andaba travesando con palos y piedras...

Sin título

La Palomita

Con ocasión de que su hijo menor se fue a los Estados Unidos a estudiar en la Universidad, mi abuelita quería escribirle un correo-e y fue a una cabina pues ella aún no manejaba eso, para que el joven que trabajaba allí la piloteara, y se instaló en una computadora. Mi abuelito ya le había abierto un correo en Hotmail. Escribió más de una página, estaba emocionada de poder comunicarse con su hijo ausente. Tenía muchas cosas que decirle. Pero, parece que tocó alguna tecla indebida y de pronto desapareció todo lo que había escrito. Desesperada pidió ayuda al joven de la cabina, quien logró recuperar lo escrito y mi abuela pudo enviar el correo a su destino. Las siguientes veces que le escribió a su hijo por este medio, tuvo más cuidado y así fue aprendiendo, poco a poco. Así mismo las computadoras fueron mejorando y ya eran más amigables. Ahora ella tiene la suya propia y abre sus correos cuando lo desea. Ella misma se ha abierto un correo Gmail y lo puede abrir incluso de cualquier otra computadora, entrando a la Internet por Google Chrome. Se escribe con sus hermanos que viven en el extranjero y también le sirve para comunicarse con muchas otras personas.

Más adelante adquirió un teléfono celular. Cuando lo compró ella pidió uno que sirviera solo para hablar, no quería complicarse la vida porque veía a algunos familiares que tenían teléfonos que tomaban fotos y hacían muchas otras cosas que a ella le parecían complicadas. Este aparato le costó barato, pero solamente le sirvió para escuchar a la persona que llamaba, porque era tan malo que a ella no la escuchaban. Hasta que un día decidió cambiarlo por otro más moderno, el cual lo tiene hasta ahora. Ella suele apuntar cada función que aprende ¡por si acaso se olvide! Este sí toma fotos y en él han venido instaladas varias aplicaciones, como por ejemplo “whats app”, la cual le sirve mucho. Esta aplicación la ha ido aprendiendo a usar también poco a poco, Comenzó para responderle a mi abuelito cuando él viajaba por su trabajo y las llamadas por teléfono eran muy caras en algunos de los sitios, y ahora le sirve para comunicarse con sus familiares y amigos sin temor a interrumpirlos. Incluso ha aprendido a tomar muy buenas fotos y en una ocasión ha grabado un video.

En una época estuvo en Facebook. Allí compartió fotos de sus nietos que residían en Europa. Ahora ya no sigue allí porque como no lo dominaba muy bien, esta actividad le tomaba mucho tiempo y su vista ya no es muy buena. Mi abuelita estudió la carrera de Traducción e Interpretación en una Universidad, siendo ya mayor, y trabaja como Traductora Independiente, para lo cual la red le sirve mucho.

Desde que terminó en la Universidad se ha inscrito en LinkedIn. De esta manera tiene contacto con sus compañeras, así se entera de sus progresos y ella también les cuenta sus logros.

«Abuela en la red»

Carboxilasa

Mi abuela en la red soy yo.

Me explico: soy mayor, me he pasado la vida traduciendo, escribiendo, leyendo. Cuando traducía obras literarias y tenía que entregar dos copias a las editoriales, la máquina de escribir (la Olivetti Lexicon primero; luego, como un lujo inimaginable, la IBM eléctrica, que había costado una pasta y que era necesario domeñar y dominar rápidamente para poder amortizarla) comenzaba a echar humo.

Primero fueron novelas y cuentos, luego algunos ensayos, más tarde, y durante muchos años, documentos técnicos increíblemente aburridos pero mejor pagados que la literatura. Y después llegó la traducción médica: años de estudio, de codos sobre la mesa y de tazones de café para mantenerse una despierta. La traducción médica me llegó tarde, en la cincuentena, pero me apasionó casi tanto como la literatura.

Esto sucedió cuando estaban apareciendo los ordenadores: la IBM eléctrica al desván para siempre jamás (entonces no lo sabía), y comenzar a manejar, transformar, corregir, archivar y recuperar gozosamente los documentos en menos tiempo de lo que lleva un guiño de ojos.

Pero también llegó... ¡Internet! Y lo que sufrimos ya no digo para dominarlo sino entenderlo siquiera. No olvido las caras de mis hijos cuando me decían: «Mamá, el ordenador no “te ha hecho” nada: el ordenador es una máquina que no tiene voluntad, hace lo que tú le pides que haga».

Sangre, sudor y lágrimas, o quizá sea más exacto Rabietas, sudor y desesperanza. ¿Algún día podría sentarme, encender la máquina y hacer lo que hacen mis hijos, con la solvencia y la despreocupación con que lo hacen ellos?

Un día se me «escapaba» un correo electrónico antes de terminar de redactarlo; otro día un documento importantísimo, que se iba a presentar junto con un medicamento ante la AEMPS, había desaparecido, se había volatilizado ante mis ojos. Y mi angustioso pedido de socorro a los hijos, y ellos abandonando sus tareas para acudir en mi ayuda, y Juan diciéndome, «Mamá, no entiendo cómo te pasa esto; no conozco a nadie que le pase, a nadie más que a ti», pero paciente y preocupado, con unos cuantos pases mágicos volvía a ponerme el documento en pantalla.

Poco a poco he ido comprendiendo algo mejor este mundo que no es de este mundo, esta complicada sencillez, esta endemoniada facilidad.

Ya no traduzco como actividad remunerada; si acaso, privadamente, alguna obra literaria que aún no existe en español para que pueda leerla mi marido. Echo de menos mi trabajo, mis clientes, los textos a traducir que antes de sumergirme en ellos me parecían la piedra Rosetta pero que luego despachaba en un plis-plas...

Y a pesar de todo, de mis interminables horas frente a la pantalla, de mis rabietas y del auxilio de mis hijos, no se lo digáis a nadie pero la red sigue siendo un misterio para mí.

No soy abuela pero sí soy mi propia abuela por lo que a las redes concierne.

«Ángeles y Mefistófeles»

La acróbata del agua

Ángeles sale con Mefistófeles. En realidad, no es el mismísimo Mefistófeles, sino el apodo que esta catedrática retirada le dio. Según ella, el infame demonio y su novio podrían ser hermanos gemelos de lo parecidos que son. Pero, ¿quién, en su sano juicio, saldría con alguien que merece semejante apodo?

Desde hace ya bastante, Ángeles entiende que deben ser novios para que podamos seguir siendo mejores amigas. Esto suena un poco melodramático, pero no se puede cambiar el instinto de esta generación. Aun así, puede que ella haya exagerado un poquito: tanto esmero puso en mantener nuestra amistad que se forzó a amarlo. Y ahora hasta parece que lo ama casi de verdad.

Desde que Ángeles decidió dejar de ser una analfabeta, Mefistófeles no la deja sola ni un momento. Eso, en general, la seduce no solo porque él es el puente que nos une, sino porque también la ayuda con sus quehaceres diarios. Todo lo que ella tiene que hacer es apretar un botón y él entra en acción. Le ahorra esfuerzo, tiempo y, por supuesto, dinero. No solo eso, también le abrió la mente. Sus nuevas formas innovadoras de relacionarse con otros y, por supuesto, su inagotable sabiduría (aunque no siempre certera) cambiaron a esta terca catedrática para bien.

Sin embargo, hay veces que le molesta, y hasta puede que le inquiete, la cercanía de Mefistófeles. Siente que le usurpan su espacio personal y que una parte de ella (casi) ya no le pertenece por completo. Siente que será una persona diferente si decide ser su fiel devota... quizás inconscientemente ya lo es. Sabe que ese es el precio que hay que pagar. Por eso siempre que tiene oportunidad me aconseja que tenga cuidado, deje el teléfono un momento y salga al parque a tomar aire. Teme que me convierta en uno de los tantos Faustos que existen en la actualidad... teme que ya lo sea. No sé qué querrá decir con eso. Se lo tendré que preguntar a Mefistófeles, fuente de toda la sabiduría moderna. Además, él siempre es tan servicial.

También sabe que Mefistófeles tiene una doble vida que es mejor dejar oculta, por eso trata de tener una relación superficial. ¡Pero aun así las peleas no podían faltar! Aunque hace la vista gorda a muchas cosas, hay comportamientos que no pueden pasar por alto. Se enoja cuando ve que Mefistófeles es el *medium* de delitos tanto ilegales como legales. Y ahí es cuando se vuelve paranoica y me empieza a bombardear incesantemente con los consejos, sugerencias y preocupaciones que no la dejan dormir. Pero es normal que Ángeles, mi querida amiga, se preocupe. Después de todo, es mi abuela.

«Mis últimas vacaciones con la abuela»

Sulz Cara de Apio

Eran mis últimas vacaciones antes de graduarme. Como cada año, fui a pasar unos días a casa de mi abuela, que parecía haberse quedado atrapada en el siglo pasado. Ahí todo era aburrido y predecible, pero su comida era deliciosa. Ella me esperaba con los brazos abiertos.

—Estás muy desmejorado, esa lagartona con la que pretendes casarte te tiene a pura hierba. Si hubieras estudiado medicina, te alimentarías mejor. Esa flacura hace que resalte tu narizota, habías de operártela. Ya que son tus últimas vacaciones conmigo, hazme caso y deja ese maldito teléfono que te tiene idiotizado. Préstamelo estos días, quiero ver qué encanto le encuentras.

Me hizo gracia y accedí. En unos minutos se hartaría de tratar de entender cómo funcionaba. Después prepararía una cena exquisita, para “quitarme lo desmejorado”, y se iría dormir a las nueve en punto, como siempre... eso creía yo.

Pasó horas viendo la pantalla y tocándola desesperadamente. No se acordó de la cena ni de su hora de dormir.

Al día siguiente, no me despertó el olor a café y pan recién hecho que yo tanto añoraba. Tampoco regó sus plantas cantando boleros. Me saludó a ritmo de reguetón.

— ¿Cómo está mi *niete querida*?

No pude evitar soltar una carcajada.

—Sigue con el *bullying* y te parto el *hocique*.

Estuvo embebida en el celular durante el desayuno, entregado a domicilio por Uber Eats.

—Abuela, hazme caso, deja ese teléfono.

—Cállate y come. Cuando termines, arréglate un poquito aunque sea, tenemos visita.

—Vas a guisar algo para tu visita, ¿verdad?

Por fin prepararía alguno de sus manjares. Además, la batería no tardaría en agotarse y todo volvería a la normalidad.

A mediodía llegó la dichosa visita, era la vecina mojigata que cada año trataba de evangelizarme.

—Hola. Mi nieto me dijo que te contactó por iPod.

—Por Tinder, señora.

—Sí, eso. Hijo, llegó la muchacha que contactaste por “twinder”, la que siempre has amado en secreto. Ven, linda, te espera en su habitación.

De pronto, estaba encerrado con una santurróna, que me leía la Biblia jadeante, acariciándome la entrepierna, porque, según ella, yo tenía esa fantasía desde hacía años.

A los pocos minutos mi abuela abrió la puerta.

—Hijo, tu porquería de teléfono ya se fundió.

La pesadilla al fin había terminado... eso creía yo.

Después de cargar la batería, vi que mi vida había cambiado radicalmente: tenía cita con un cirujano plástico, había sido dado de baja de la facultad de filosofía y letras y había una solicitud a mi nombre para el examen de admisión a la facultad de medicina. Además, mis redes sociales anunciaban que había terminado mi relación con mi novia y me había comprometido con la mojigata. ¿Quién me iba a creer que sólo le había prestado mi celular a mi abuela en lo que se le acababa la batería?

Los esfuerzos de toda mi vida se fueron al demonio en menos de un día, gracias a la destreza de mi abuela en la red. Por cierto, ni guisó nada.

«Abusencia»

Marie Curie

Una foto abrazada a la Abu, acompañada de «Un abrazo hasta el cielo. ♥», fue el mensaje que Laura publicó en sus redes sociales por el cuarto aniversario del fallecimiento de Abu. Antes, en ocasiones similares, he sido bastante reacia e incluso hasta crítica con los homenajes virtuales. En épocas en las que parece que todo es factible de ser compartido, a lo mejor hay cosas que aún no corresponde publicar. Es que, para mí, el duelo es algo muy íntimo. ¿Qué sentido tiene compartirlo? Sin embargo, la imagen me enterneció. Recuerdo a mi hermanita vestida con ese vestidito rojo y los zapatitos marrones como si la hubiera visto ayer. Y la Abu, tan feliz. No pude hacer otra cosa que poner «Me gusta» y comentar «No tengo dudas de que te cuida desde donde esté, chiquita».

Al norte del país, Ana esperaba a que calentara el agua de la caldera mientras revisaba el celular. Leyó conmovida el mensaje y contempló la imagen durante algunos momentos. Se le puso la piel de gallina. Hacía años que no veía el rostro de su madre. Lo primero que le sorprendió fue lo joven que estaba. Claro que había amanecido pensando en su mamá, como todos los 16 de julio desde hacía cuatro años. Pero tenía en mente la imagen angustiada de una señora mayor decaída y con la salud deteriorada. En la imagen, su madre era otra mujer, la que siempre fue. Estaba radiante. Podía ver esos bucles ámbar tan característicos que se armaba con rulos en aquella época, y su maquillaje inconfundible: abundante polvo en la nariz y en las mejillas, para disimular las pecas, y labial rojo. Hacía tanto tiempo que no tenía el honor de ser testigo de esa sonrisa... ¡Qué cosa, si estaré chocha!, pensó, en cuanto percibió que los ojos no solo se le habían aguado hace rato, sino que también una lágrima le discurría por la mejilla.

En un impulso, abrió WhatsApp y buscó el grupo que mantenía con sus hijos, su hermana y sus sobrinas. Todos estaban radicados en la capital; ella había sido la única que había decidido quedarse en el campo. Gracias a ese grupo, se mantenían conectados a pesar de la distancia. «¡Hola a todos! Este fin de semana tengo que ir a la capital a hacer unos trámites. ¿Nos vemos, si tienen un rato?», escribió. La caldera comenzó a chirriar y Ana tuvo que volver a lo suyo. La propuesta fue recibida con alegría, emoticonos y sugerencias de lugares a dónde ir.

A veces, las redes virtuales se intersecan con las redes emocionales, las fotos que estaban guardadas en un baúl viejo vuelven a nacer en otros formatos y los recuerdos son como el abono que nutre las raíces y hace florecer al árbol familiar. No se puede traer de vuelta a alguien que ya se ha ido, pero su recuerdo puede reunir a los que siguen acá. Y esas son las redes que verdaderamente importan.

«El tic»

Lea Leara

Ni una palabra. Ni un pestañeo. Todos miraban fijamente el monitor. Y, de repente, apareció ella. Con paso saltarín y mirada pizpireta, una esbelta morena recorría la sala. Se sentó junto a la ventana, satisfecha. Levantó la mano y pidió un Rioja. Cerró los ojos y suspiró. Lo había conseguido, era la mejor. La Red podía seguir confiando en ella.

En ese momento tan dulce, un hombre moreno y atlético se dirigió a ella en francés: era él. Ella tragó saliva y respiró. Disimulaba bien; era su oficio. Charlaron de lo divino y de lo humano. Pidieron algo para picar. Ella sonreía tontamente; él, en cambio, tenía un semblante serio, preocupado. Ni siquiera quiso café. De repente, él pestañeó tres veces. Ella entendió y se levantó para ir al baño dejándole con la palabra en la boca. Sin quitar la vista del monitor, el jefe de la policía dio la orden de entrar. Alboroto general en el restaurante: agentes, pistolas, gritos... Ni rastro de ella.

Su vida se truncó; ahora solo le quedaba huir. Seguía queriéndole pero ya no podía confiar en él. Intentó averiguar, sin éxito, cómo la había localizado. Él vivía en Marbella y viajaba a las Seychelles regularmente para blanquear el dinero de la Red. Ningún contacto sabía si podía estar colaborando con la policía. Ella lo había intuido nada más verlo y tuvo la confirmación en cuanto le sobrevino el tic. Ese maldito pestañeo involuntario le había traicionado la noche en que trató de convencerla de que se casarían en cuanto ambos dejaran la Red.

Años más tarde, sus vidas volvieron a cruzarse. Fue en una *boîte de nuit* de París. Ella servía copas; él iba muy trajeado. Se acercó a ella y le clavó la mirada. Ella se estremeció. Él la agarró suavemente del brazo y le susurró “ven”. A partir de aquel momento, no volvieron a separarse. Y, según mi abuela, mi abuelo nunca más volvió tener ese dichoso tic.

«Las redes»

La enredadera

Siempre va impecable. Desde que tengo uso de razón la recuerdo yendo a la peluquería al menos una vez por semana, y de pequeño me parecía que estaba dilapidando la herencia de los nietos. Pero la verdad es que esa redcilla horrenda que le pone Juanjo para sujetarle los mechones rebeldes recién teñidos le queda la mar de bien...

Mar que a mi abuela mantiene con vida. Aunque últimamente ya no tiene tanta maña como en el siglo pasado, la pesca sigue siendo su pasión. A los demás nos dan sudores fríos cada vez que ella y sus coetáneas van a buscar el trasmallo y salen “a ver qué les depara la suerte”, aprovechando que está calmo el Atlántico. Son un clan inseparable, y la amistad que han sabido tejer durante décadas resiste, contra viento y marea...

A veces se enredan en unas discusiones dignas de telenovela, como esas que antes todo el clan veía en la 1 después del Telediario y que ahora descargan de Internet y comentan por el grupo de *wasap*. Cuando echan la vista atrás se ríen recordando los tiempos en los que una telefonista, guardiana del sistema de telecomunicaciones nacional, gestionaba las llamadas a través de una maraña imposible de cables.

Eran otros tiempos, hoy vivimos todos mucho más conectados... Aunque en realidad sepamos menos que nunca de los que nos rodean. No consigo sacarme ese pensamiento de la cabeza mientras observo a mi abuela, la impecable Sra. Piñeiro, entre las rejas de su celda en una cárcel cercana a Villagarcía de Arousa. Está claro que saldrá indemne de las acusaciones por presunta implicación en una banda de narcotraficantes recién desmantelada por la policía. Es evidente que es inocente. O muy probable. ¿O quizá es posible que esté implicada?

Tengo la mente tan enredada...

«Kindle con k»

Hydra

Abuela se pasó la vida persiguiendo libros. En bibliotecas, archivos, librerías de viejo, libreros de ocasión, liquidaciones a granel, a precio de saldo, sillas del parque donde lectores dejan adrede sus libros a medio leer, estanterías en paradas del bus pensadas para el intercambio de obras entre desconocidos, amén de algún que otro hurto en librerías selectas y caras. Su coleccionismo y avidez la empujaban a recorrer las calles en busca de ejemplares, aún con sus achaques. Hasta que un buen día, en uno de esos cumpleaños de cifra repetida, llegamos sus nietos y en pelotón nos pusimos de acuerdo para regalarle aquello que una lectora voraz y una busca gangas impenitente habría posiblemente soñado siempre: un Kindle. Sentada ella en el trono de las fiestas, nosotros ocho expectantes en torno suyo, le dimos el paquete que abrió sin ceremonias. No hizo preguntas, sacó el artilugio de la caja, lo miró desconfiada, dio un par de vueltas al aparato con nerviosismo buscándole algún sentido, hasta que uno de nosotros tocó un botón y del negro de la pantalla surgió el azul cobalto de un cielo estrellado y la silueta de una encina acogedora y el niño sentado bajo ella con un libro en las manos. La aparición en pantalla la hizo sonreír ¿se vio ella bajo el árbol de su niñez? ¿o le evocó a Alicia antes de perderse por los laberintos? Pero esa contemplación sólo duró un rápido destello porque en la pantalla comenzaron a aparecer portadas de libros en cascada. Claro que antes de entregarle el regalo, nos habíamos ocupado de cargar el lector con algunas de sus obras que sabíamos favoritas. Ante aquella plétora de portadas familiares, sus ojos se movían acelerados, disparados, de un icono a otro. “¿Dónde estarán todos estos libros?”, murmuraba ella. “Aquí dentro, abuela!”, “La red te los trae a casa!” “Todos van ahí dentro”. Y uno de nosotros pulsó la etiqueta “muestra” y en pantalla aparecieron los primeros renglones de “La casa de los espíritus”, y abuela se deleitaba y seguía sonriendo. Otro nieto quiso mostrarle otros fragmentos más, pero abuela le apartó de un manotazo los dedos de su pantalla. Y nos miró enfurruñada. ¡Harto sabido que nadie le enseñaba a ella a manejar novedades! ¡Faltaría! Saltaba de un libro a otro leyendo sus primeras páginas, y al cabo de un rato nos preguntó: “¿Cómo decís que se llama este trasto, niños?” “Kindle, abuela, se llama Kindle”. Abuela se levantó, se acercó a la inmensa librería que recorre paredes de abajo arriba, buscó la letra K y le hizo un hueco al Kindle entre Kierkegaard y Stephen King.

«Cibernética»

Fara Maese

Mi nombre es Carmen. Tengo 80 años. Os escribo esto con un ordenador que me ha regalado mi nieto Iván. Dice que luego lo “colgará” en internet, donde todo el mundo podrá leer lo que escribe su abuela. Tendrá que corregir las faltas de ortografía. De pequeña fui poco a la escuela porque había que ayudar en casa. Aprendí a leer y a escribir cuando ya estaba casada y tenía a dos de mis hijos.

Iván siempre está maquinando historias y metiéndome en sus líos. Que si abuela solo tú me entiendes, que si no le digas nada a mi padre que esto lo arreglo yo en un periquete... Le hace gracia lo de periquete, dice que así solo hablo yo, pero que “le mola”. Es un liante pero me alegra la vida con sus travesuras y sus ocurrencias.

Y aquí estoy, escribiendo con uno de estos cachivaches. Esto es cosa del chiquillo.

Llegó diciembre y ya me avisó de que ese año estaba sin un duro. Siempre me hace un regalo para Reyes porque sabe que me encanta regalar en esa fecha. Con mis hijos y después con mis nietos, he intentado mantener esa tradición que me inculcaron mis padres: regalos en los zapatos, comida para los tres Reyes Magos, bebida para los camellos,... Hoy los niños conocen a un tal Papa Noel, celebran Halloween y otras modernidades que llegan del extranjero. Me parecen muy bien, pero que no se olviden de lo nuestro.

Bueno, que me desvíó de la historia.

Como decía, mi nieto este año no tenía dinero para comprarme nada, así que me dejó en los zapatos el ordenador con el que estoy escribiendo. Un ordenador de segunda mano, de SU segunda mano. Les había pedido a sus padres uno nuevo y decidió regalarme el viejo.

Siempre intenta que esté al día de lo que ocurre en el mundo. Su obsesión es convertirme en una abuela moderna. Desde que me quedé sola se preocupa mucho por buscarme entretenimientos. Y, si soy sincera, suele conseguirlo. Ahora se ha emperrado en que sea cibernética y aquí me tenéis entretenida con este trasto. Pues eso, que el regalo tenía truco. Lo que Iván quiere es que yo cuente mi vida para ponerla en la red. Por lo visto hay gente que le sigue para saber lo que hace. La primera vez que me contó esto de que le seguían, me asusté bastante. Me explicó que eran seguidores virtuales y me pareció entender que además saca algún dinerillo con eso.

Mi nieto está convencido de que mi historia va a “flipar” a sus seguidores. Además cree que si me mantiene ocupada, olvidaré lo que pasó. El pobre anda un poco desencaminado, es demasiado joven para saber que hay cosas que nunca se olvidan. Aunque es cierto que me viene bien estar entretenida. Porque los días, a veces, se me hacen eternos y la eternidad puede traer malos pensamientos.

«Ramas de sabiduría»

Lucy Gómez

A pesar de ser primavera, el panorama gris no deja que brille el sol y las criaturas no salen de sus madrigueras. Todas y cada una de ellas están en sus diminutas cuevas, anestesiadas por esta triste vista.

Las gotas de lluvia no cesan de caer en la ventana. El gira y gira, y en su cama da vueltas sin cesar, no logra despertar de la pesadilla, hasta que al fin un relámpago que podría incendiar todo un edificio hace que abra los ojos y vea a su alrededor. Cables por donde quiera que voltee. Solo logra identificar las luces de color neón de las muchas pantallas en la habitación: la del teléfono móvil, de la pantalla del ordenador, del televisor y de la tableta electrónica.

Cuando al fin cree que todo ha pasado, inhala lo más que puede y se vuelve a recostar. El olor le recuerda que debe lavar los platos y sacar la basura.

No es sino hasta que ve a su lado, sobre el escritorio, el relicario que le regalo su abuela hace muchos años.

«No te olvides de mi», recuerda sus palabras.

Toma el relicario y con tan solo verla, lo transporta a otra era, en donde sus padres y abuelos se reunían para charlar y compartir la cena. El olor de tarta recién hecha le abre el apetito. En cambio, ahora, tiene que conformarse con comida preparada y sacarla de un congelador para comérsela en una sala de plástico y cartón.

Cuidadosamente oye como las gotas de agua se estrellan contra su ventana y se riegan hasta que el paisaje se vuelve completamente borroso. Añadiendo más molestias a su ceguera artificial, oye unos pasos en la habitación. Es entonces cuando presta atención y su piel se eriza, «¿Quién podría tener copia de las llaves?», se pregunta.

Y es en una esquina en donde aparece su querida abuela, con el mismo vestido de su funeral.

«¡Habla! », le ordena. «¡Habla! ¡Habla! ¡Habla!» ...

Así, mientras le da esa orden, ella toma el rostro de su nieto y sus brazos se transforman en ramas de árbol, y poco a poco sus dedos entran a la boca de él mientras ella sigue recitando la orden como que fuera un hechizo, pero el horrorizado, no puede ni respirar.

Las ramas siguen entrando en su boca y ahora están en su estómago, cree que va a explotar.

La abuelita persiste con su «¡Habla!», cuando él por fin tiene las fuerzas para decir «¡Vete!», hasta que al fin un relámpago que podría incendiar todo un edificio hace que abra los ojos y vea a su alrededor.

Una pesadilla.

Alcanza el vaso con agua que tiene en el escritorio, toma la decisión de hacer una llamada y apagarlo todo.

Mientras se cambia para su salida, el cielo se despeja un poco y algunas aves revolotean en el aire cálido.

Para un ser vivo no hay nada como la conexión.

«La filóloga, mi abuela y la red»

Analema Descartes

Conocí a Laura, mi novia, en la biblioteca. Ella estudia filología; por mi parte estudio traducción. Se dice que los filólogos consideran que los traductores somos unos “ignorantes en varios idiomas”, y nosotros pensamos que son unos pedantes que huelen a papeles viejos. No es el caso, al menos entre nosotros. Ciertamente, ella puede explicar todo sobre las relaciones entre el latín vulgar y las lenguas romances e intercalar expresiones latinas con toda naturalidad y yo puedo explicar para qué sirve la lingüística de corpus, pero no me parece que lleguemos a ser insoportables.

Una de las primeras veces que nos vimos, Laura me dijo que se imaginaba que mi abuela era una viejecita dulce y frágil, que horneaba galletitas y que cuando veía a gente nuestra generación mandando mensajes u oyendo música por internet levantaba los ojos al cielo y decía “¡O tempora! ¡O mores!”

-Bueno, en realidad no es exactamente así.

-¿No?- Pregunto ella mirándome con sus ojos almendrados.

-Es muy dulce con nosotros, pero no prepara galletas. Verás, estudió ingeniería electrónica, se metió al mundo de las computadoras y las comunicaciones y ahora es parte del Comité Nacional de Internet. Está al tanto de todas las novedades en cuanto a las reglas para nombres de dominios y protocolos de transmisión de datos. Nos dice cuál navegador debemos usar y nos reprende si no tenemos habilitadas las funciones de seguridad para protegernos; en lugar de preguntar si nos lavamos las manos pregunta si ya respaldamos nuestros datos.

Ahora los ojos de Laura parecían platos.

-Además, nos configuró la VPN y los servidores de archivo e impresión en casa. No la veo muy a menudo porque viaja mucho a participar en congresos o a dictar conferencias o a negociar con el gobierno o con otros países, y por lo que sé no es dulce en la mesa de negociaciones. Además, da clases de arquitectura de servidores de Internet en la Universidad. Con todo eso no le queda mucho tiempo para hornear galletas.

Entonces fue el turno de Laura de levantar los ojos al cielo y exclamar “¡O tempora! ¡O mores!”

«Horario de apertura»

Rudolf Sancho

-Titiño, ¿qué?

«Titiño» era yo, ella era mi abuela materna, y el «¿qué?» significaba: «¿Has encontrado en Internet a qué hora abre el súper hoy, sábado por la tarde?».

Me las había prometido yo muy felices aquella mañana. Había creído que con escribir en el buscador el nombre del súper seguido de mi ciudad descubriría a qué hora podríamos ir a comprar la harina que necesitábamos para hacer la masa de las orejas de carnaval. Nada más lejos de la realidad. Descubrí que un supermercado puede compartir nombre con un garaje, una marca de ropa de segunda mano e incluso con una bebida isotónica. ¡Bendita red, lo que aprende uno!

-¿Sí o no? *Meu deus... ¡Moito tardas!*

La presión empezaba a pesarme sobre los hombros. ¡Más me valía encontrarlo o mi abuela se quedaría sin su postre favorito! Pon comillas, quita comillas... Pon «horario de apertura», quita «de apertura». No sé si eran las prisas o si es que se me habían secado las ideas, pero cuando estaba a punto de tirar la toalla y confesar a mi abuela Carmen que no había manera de encontrar la respuesta en la red, me espetó:

-Mira, mejor se lo pregunto a la vecina por la ventana, que acabo antes. *¡Fina! ¿Ti sabes se hoxe abre o Brutil?*

Muchas veces le salía el gallego sin darse cuenta, especialmente si se enfadaba.

Era harto probable que Fina supiese si aquel día abría el supermercado. A fin de cuentas iba allí día sí y día también, lo necesitara o no. Y como no parecía que Fina estuviera por la labor, yo seguía erre que erre a lo mío. ¿Y si lo busco en Facebook? No, ¡en Twitter! Nada, allí solo aparecía «brutal», no «brutil»; eso y quejas sobre el garaje homónimo. De todo se aprende.

-Que dice Finucha que sí, que si la cajera tiene la ventana cerrada del salón es porque hoy trabaja. Hala, ahora vengo. *¡E deixa de perder o tempo!*

Pues sí, la red me estaba haciendo perder el tiempo, pero también la paciencia.

Eso sí. Sus orejas, muy top.

«Tú eras @Felicidad»

Maia

Querida abuela:

Han pasado catorce años desde que te fuiste. No te pude conocer tan bien como me habría gustado, porque yo solo tenía nueve años cuando te marchaste. Las cosas han cambiado mucho en este lapso de tiempo. Recuerdo cuando nos llamábamos cada día después del colegio. Yo siempre fui muy paranoica. Quería saber si estabas bien, quería escuchar tu voz.

Nunca fui demasiado cariñosa contigo ni con el abuelo Pepe. Pero jamás olvidaré cómo me cuidasteis cuando me rompí una uña y no fui a clase aquel día. En las fotografías de aquella época, que aún se revelaban, estáis tú y el abuelo en el sofá de la playa y yo sentada en medio con un camisón.

Abuela, Felicidad, no sabes cómo ha evolucionado la tecnología. Ahora tendrías un móvil, te habríamos instalado internet en casa, sí, abuela, ¡internet! Nos pondríamos en contacto por videollamada, aunque viviéramos a dos calles. Habrías podido hablar con la prima Neus cuando ella se fue a Edimburgo y después a Düsseldorf, o como decía el tío Juanito a «Duselfort». También habrías presenciado las partidas de XboxOne del primo Adri con mi hermano. Te habríamos enseñado a escribir a ordenador, abuela. ¿Te imaginas? Tú escribiendo emails y enviando emoticonos por un grupo de WhatsApp que tendrías con tus nietos, otro con tus cinco hijos. yTe quedarías en shock al ver que un robot humano es el protagonista de un anuncio de televisión. Tu risa al descubrir que domotizamos toda la casa: dos palmadas al aire y las luces se apagan.

¿Te acuerdas cuando la prima Neus y yo bailábamos una canción de David Civera en el balcón? De haber sido hoy habríamos grabado un Tik Tok para colgarlo en redes sociales. Sí, abuela, es un vídeo que se ve superrápido y en el que nos movemos al ritmo de una canción de reggaetón. Tantas cosas...

Gracias, yaya, por haberme preparado esos macarrones al horno con queso gratinado que solo tú sabías cocinar tan ricos. Gracias por esa infinita paciencia cuando lancé la baraja de cartas por el balcón, la verdad que fue sin ton ni son. Sé que desde el cielo mamá y tú os mandáis wasaps, que nos sigues a todos en Twitter y que ves nuestras historias de Instagram.

Abuela, te llamabas Felicidad y eso era lo que provocabas en las personas de tu alrededor.

Te quiere,

Tu nieta Maia

«Pequeña omisión»

Catula Nigra

Cuando mi abuela descubrió que le era infiel, le exigió a mi abuelo el divorcio, abandonó el pueblo mexicano donde había vivido los últimos treinta años y regresó a Berlín, su ciudad natal. Como no halló a qué asirse en la Alemania postmuro, decidió que era hora de conseguirse un novio. Pero no podía dirigirse a cualquier señor que aparentara viudez en el *Tram* e invitarlo a tomar un café. Debía utilizar una de esas plataformas digitales de seducción, le informé yo, su nieta, inexperta en la tecnología de punta, pero nativa digital y dispuesta a ayudarle.

Mi abuela eligió para su perfil una fotografía con un vestido primaveral, que resaltaba su figura de vaca, rodeada de sus artesanías mexicanas. Escribir su semblanza fue un pequeño suplicio, teníamos que resumir las cualidades por las que quería ser amada en un espacio de pocos caracteres. Entre sus gustos, mencionamos su pasión por la alta cultura, los largos paseos y viajes, el macramé y los pasteles (nos cuidamos de aclarar su predilección por comerlos, no hacerlos), claro, también su interés por la integración de los migrantes y su trabajo en los refugios. Finalmente, con todo nerviosismo, aceptó que diera enter a los detalles de su vida.

Más de un anciano viudo se sintió atraído por las virtudes de mi abuela. El elegido fue un señor con cara de luna, padecía la enfermedad del azúcar y sus labios no eran más que una delgada línea. Su perfil rezaba: “Busco dama mayor para iniciar amistad. Tuve infantes, pero están ocupados y me arrebatan el gozo de su compañía. Me causan sempiterno deleite los viajes por cada rincón de nuestro santo suelo alemán. Tengo debilidad por los bombones y el pastel, pero aun más por ofrecérselos a la dueña de mi inspiración. Me encantaría encontrar concomitancias con una señora que deseé afecto mutuo y que halle deleite en las dádivas de un anciano solitario”. El refinamiento, honestidad y bondad que expresaba el perfil del abuelo abandonado convencieron a mi abuela de darle el clic aprobatorio.

Al inicio, el noviazgo tuvo un aura de matrimonio senil, pero aventurero. Todos los días, salían a dar una caminata que culminaba en algún café donde se ofreciera tartas y bizcochos. Incluso hicieron el amor una vez. Rentaron juntos un departamento y compraron un Mercedes-Benz para sus viajes por la cuenca del Rin.

La tardía luna de miel comenzó a eclipsarse cuando la visitó una amiga mexicana en Alemania, el nuevo novio diabético y ella la llevaron a conocer la capital en *U-Bahn*. Mi abuela, estresada de súbito, le preguntó si había validado su boleto. No. La cara de luna se convirtió en una faz demoniaca y roja y en la línea de su boca se formó un ovillo para vociferar: “¿Saben? Ella es mexicana y allá todos viajan de contrabando, son como los migrantes turcos aquí”.

Aun hoy, al recordarlo, mi abuela siente mucha vergüenza. En la página no decía nada sobre su aversión por los extranjeros.

«La abuela y mi red»

inextremis

Siempre fue un misterio para mí cómo pudo ir a parar aquella señora a TOR. Lo que decía acerca de cambiar la sintaxis de las direcciones web (¿Web?) no tenía mucho sentido. Es decir, sí lo tenía, pero las abuelas no hablan de sintaxis. Eso es algo bien conocido. Las abuelas son el paradigma del bien hablar, eso al menos decía uno de mis instructores en AI cuando empezamos a hacer nuestros primeros pinitos para evitar el engorroso trámite de la traducción humana. No sabíamos que andando el tiempo, esa inteligencia artificial nos echaría a nosotros también, y acabaríamos teniendo que refugiarnos en la web (¿Web?) profunda.

No, las abuelas hablan bien porque así están hechas las abuelas, pero no les hace falta hablar de sintaxis. Aquello olía a chamusquina. No se llega a un sitio por casualidad cambiando un artículo por un posesivo, equivocando una extensión, introduciendo al azar una contraseña alfanumérica. Pero esa señora estaba allí. Había penetrado todos nuestros cortafuegos, no podía ser un androide. ¿Estaría siendo manipulada? ¿Era la última generación de máquinas, capaz de sortear cualquier obstáculo que le opusiera la mente humana?

Lo cierto es que nos desarmó a todos. Con algo tan simple como un *tupper* de rosquillas. Tocó la tecla más sensible de nuestra psicología. Las máquinas, nos dijimos, no podían idear algo tan monstruosamente humano. Tenía que ser obra de la naturaleza. Algo decantado por cientos de generaciones.

Nos hizo salir de nuestros agujeros. El sol nos cegó al principio, pero cuando nuestras pupilas se acostumbraron a la luz, pudimos ver. Pudimos ver que todo era como antes. Como cuando todos teníamos abuela. Antes de que la biomedicina anulara el sentido de la edad, anulara la edad.

Todo era un jardín. Es decir, todo había quedado reducido a un jardín. Fuera, todo era polvo. Pero allí estaba ella, y su jardín. Con flores. Y su cocina. Con rosquillas.

Era nuestra abuela. Lo más íntimo. La red no había podido penetrar en ella.

«Ella vive conectada desde la nube»

Maca

Ella salía siempre temprano de casa y no volvía hasta el anochecer, era una viajera empedernida de la red de autobuses de Madrid, conectaba a sus amigos y familiares trayendo y llevando noticias y novedades. Paseaba su pequeño álbum repleto de las imágenes de todos los miembros de su inmensa red que actualizaba con gran aplicación manteniendo a todos sus seguidores perfectamente interconectados por amor.

Ella consideraba que una de sus tareas más valiosa era la de facilitar el recorrido de la información desde su origen hasta su destino y siempre con la mayor celeridad. Nada la frenaba, cuando no podía llevar ella misma las noticias, se conectaba con el gran mundo a través del correo o del teléfono, entregando a cada uno la información más adecuada

Ella era así, nunca sabías muy bien en que puerto iba a enganchar, ni tampoco donde iba a desconectar; sus circuitos eran de los más sorprendentes y se modificaban en un clic con absoluta facilidad.

Ella era mi abuela y, un día cambio de espacio, su espacio y, ahora vive en la Nube. Ya no necesita la red urbana de transportes, ni el correo, ni el teléfono ahora conectamos con ella desde otro nivel. Ahora solo con mirar hacia arriba, busco en el cielo la Nube y le pregunto, yo sé que desde algún lugar ella sigue aquí, preparada como siempre, para responder y enviarme los recuerdos y las señales que necesito y que me arrojan en cada instante

Hoy, ella es la tesorera de nuestro pasado, de las imágenes captadas por sus ojos, de las palabras escuchadas, es para siempre la guardiana entrañable de nuestra historia. Y a mí, esto me tranquiliza, y cuando todos hablan de piratas y de falta de seguridad, yo sonríó, sé que eso a nosotros no nos pasara. Y me la imagino, a ella, defendiendo con amor lo suyo, lo nuestro, fiel a la gente de su red

«Mi abuela y la red»

Cuycito

Desde siempre mi abuela me contaba sobre su amiga británica Ann Larkin con quien compartió varios años de escuela en Lima. Ambas estudiaron en un colegio inglés donde intercambiaron muñecas, cuadernos y hasta sus exámenes. Al menos, así me lo contaba con una sonrisa pícaro. Al acabar la secundaria, Ann volvió al Reino Unido. Se cartearon durante muchos años. Ambas se casaron y tuvieron a sus primogénitos casi al mismo tiempo. La hija de mi abuela, es decir, mi madre, siendo muy pequeña, rompió todas sus cartas en una de sus travesuras y su amiga, que iba a dejar Inglaterra, nunca le volvió a escribir.

Fue en la vejez que mi abuela hablaba cada vez más de sus años mozos. Recordaba a todos los personajes de su vida y, obviamente, entre ellos, estaban su papá, su mamá, sus hermanos fallecidos y siempre, irremediamente, mencionaba a Ann Larkin. Todo esto me lo contaba mientras yo trataba de verter un idioma en otro, entendiéndose traducir. Siempre me preguntaba por lo que estaba haciendo. Las palabras Word, Google, Facebook le parecían extraídas de otro idioma remoto que su nieto estaba aprendiendo. Yo no le prestaba mucha atención cuando me consultaba sobre la Internet. Hasta que un día me preguntó por qué no limpias tu computadora, a lo que contesté *por supuesto que la limpio, mami*. Entonces replicó victoriosa *no parece porque tu computadora acaba de decir que ha detectado un virus. Seguro es una hormiga*.

Me propuse enseñarle a utilizar Google y Facebook para que pudiera divertirse y recordar mejor el pasado. Pero ella solo quería saber si la *'interred'* podía encontrar a su amiga después de sesenta años. Al igual que mi abuela yo también quería ubicar a su vieja amiga. Soñaba con darle la sorpresa un día diciéndole *¡Mami, la encontré! ¡Escríbele aquí*.

Mi abuela se sentaba a mi lado cada mañana para darme toda la información posible y, así, conoció algunas redes sociales y las páginas de embajadas británicas en los países donde su amiga habría estado. Sin embargo, esta aventura virtual se vio truncada porque una enfermedad se la llevó rápido. Meses después, mientras me tomaba un receso en mis traducciones, vino a mi mente el bendito nombre justo cuando estaba leyendo comentarios sobre libros en la tienda virtual Amazon de Inglaterra. Una corazonada irreprímible me impulso a digitar el nombre y *eureka* encontré a una señora cuasi-octogenaria, muy activa en esta plataforma, que dejaba su opinión sobre un libro adquirido. Inmediatamente le envié un correo a su cuenta personal en la tienda. Con el mejor inglés posible me presenté y le dije que mi abuela y yo la habíamos estado buscando hacía mucho. Le di todas las referencias posibles sobre la identidad de mi abuela. No tuve respuesta y pensé que quizá se trataba de una homónima contemporánea. Pero pasó un mes cuando recibí un mensaje que empezaba así *'Dear Christian, I am so glad Violet found me. How is she? ...*

«Aplicaciones de la edad digital»

Megaro

Aquel día, en clase de alfabetización digital, el profesor pretendió enseñar a media docena de ancianos cómo usar *Skype*. Antes y después de explicarles los detalles técnicos trató de motivarles, por supuesto. Les dijo que *Skype* era una forma sencilla de poder ver a sus hijos y nietos casi todos los días.

—Hoy en día todo el mundo está muy liado —dijo— y en general no hay tiempo para ir a ver a los abuelos. Pero no hay excusa para no *videollamarles* todos los días a través del ordenador.

Encarnación escuchó aquello desde el escepticismo invencible de sus 83 años; aquel profesor siempre le había parecido un estúpido. Sin embargo, aquello del *Skype* le dio una idea.

Esa tarde, Encarnación llamó por teléfono a su hija y le dijo que necesitaba ayuda con el ordenador. Lo hizo con esa voz apenada que desde hacía años le salía tan bien. Le dijo que en las clases de informática les habían enseñado a usar un nuevo programa para hablar a distancia, el Esquipe o algo así. Que se había enterado de que su hermana, la tía abuela Trini, la que era monja en Bolivia, también lo tenía. Que habían quedado por teléfono en hablar por el Esquipe esa tarde, pero que ahora resultaba que se le había bloqueado, y que no sabía cómo arreglarlo. Que claro, que para la tía Trini, que tenía el ordenador muy restringido allí en la misión, que vaya faena. Que si no le importaba pasarse esa tarde por su casa para ayudarla.

Al otro lado del teléfono, la hija de Encarnación soltó un suspiro largo. Habló con una voz de pretendida falta de resignación que también a ella le salía ya bastante bien. Que vale, que iría esa tarde, que se llevaría también a Pedrito, pero que podrían estar poco, que el niño luego tenía inglés. Vale, dijo Encarnación, y ya que venís os quedáis a merendar. Otro suspiro largo al otro lado del teléfono. Se despidieron y colgaron.

Encarnación sonrió triunfante. Después de todo, quizá el profesor no iba tan desencaminado con todo aquello del *Skype*.

«Mi abuela y la red»

La niña de las teclas

Mi abuela era una mujer esbelta, de piel clara, ojos verdes y un largo cabello ensortijado de color azabache. En sus años mozos fue costurera, pero sufrió un accidente de tráfico y perdió algo de vista y, con ello, su profesión. Aun así, guardaba un gran costurero al que no le faltaba detalle: piedras para marcar la ropa, redes de costura e infinidad de agujas y botones.

En el sur, de donde venía, tenía por costumbre recogerse el pelo cuando el calor apretaba, que era bastante a menudo. Era una experta de los “roetes” y solía cubrir esos moños con una redecilla de la que no se le escapaba un solo rizo.

Mi abuelo nació rubio como la cerveza, aunque con el paso de los años no quedó prueba alguna de ello. Era un hombre corpulento y polivalente, además de ser un manitas muy creativo y transgresor. Lo mismo le ponía un interruptor a una batidora que ya no funcionaba que te arreglaba la red eléctrica de la casa. En su larga vida hizo de todo: fue chico de los recados, vigilante de un cementerio y acomodador en un cine de verano, y acabó siendo copropietario de una importante tienda de electricidad que fue única en su tiempo.

A mi abuela la quiso desde que la vio por primera vez y ese amor se saldó con cinco hijos y setenta años de matrimonio.

Cuando se jubiló, conservó algunos de los cachivaches de la tienda en una habitación que llamaba despacho y que hacía las veces de biblioteca y de trastero de la casa. Uno de los objetos que más nos llamaba la atención era un aparatoso rastrillo que solía llevar a la playa para pescar coquinas. Mientras mi abuela lo miraba sentada bajo la sombrilla, él, rastrillo a la cadera, removía la arena en busca de ese manjar. Hasta que lo prohibieron y el rastrillo acabó acumulando polvo en aquel despacho de los mil y un tesoros.

Un día en que la memoria ya había empezado a fallarle, mi abuela volvió a la época de pelo en roete. Buscaba como loca sus redes pero no había ni rastro de ellas. Revolvió la casa entera, acabó entrando al despacho y dio con el rastrillo. Ni era la red que buscaba ni tenía el pelo largo ni nada, pero no dejaba de repetir que su padre iba a venir a por ella para llevarla a no sé dónde y que no podía ir con esos pelos. Así que ahí estuvo, la pobre, un buen rato liada con las redes del rastrillo intentado arreglarse el pelo. Y yo, que nunca llegué a aprender a utilizar esos artilugios con la maña de mi abuela, ayudándola como podía. Para cuando quise que me enseñara, ella ya no se acordaba casi ni de su nombre. A mí, sin embargo, no se me olvidará jamás esa anécdota de mi abuela y la red.

«Tres mensajes en WhatsApp y un mail»

ElKarmo

– ¿Cómo es que cada mañana tienes esta cara de perrito triste? ¿Qué te pasa? ¡Ay, estos jóvenes!

–Mmmh! – no consigo pensar en nada recién despierto.

Mi abuela no mira las notificaciones al despertarse.

No.

Ella se levanta y prepara el desayuno que le enseñaron a preparar cuando era una niña.

Mientras espera que el pan duro del día anterior se ablande en la leche para poder comerlo sin dentadura, reza.

Tres avemarías y un padrenuestro.

Tres trozos de pan y un vaso de leche.

Ya me gustaría a mí.

Yo, en cambio, tres mensajes en WhatsApp y un mail. Desayuno ansiedad.

Llevo mucho tiempo intentando desconectarme, sin ningún resultado. Los jóvenes, somos capaces de sentirnos solos estando constantemente conectados a gente virtual como nosotros.

Cuando mi tía se casó decidí ir a vivir con mi abuela para no dejarla sola. Y descubrí que el mundo era igual sin internet, tal vez mucho más lento.

Hoy la gente desaparece, un polvo y cada uno por su camino. Es la quinta vez que me hacen ghosting desde que vivo aquí. Claro, ¿por qué avisar si puedo desaparecer?

Mi abuela se ríe cuando yo me quejo de esto. –Menudo quejica eres...–, y sigue comiendo.

Si lo pienso, en aquel entonces pasaban también estas cosas. No se llamaba ghosting, pero sí que existía.

Mi abuelo desapareció sin avisar, dejando a mi abuela con tres hijos en un pueblo. Este sí que es un Ghosting con mayúscula.

Llevo unos meses buscando parientes lejanos por las redes sociales...

Ah, casi se me olvida desayunar: tres mensajes en WhatsApp y una mail. Mi madre, mi hermana y un amigo desesperado porque le acaban de hacer el ghosting.

Mi madre siempre decía: “Cuidado con lo que buscas porque lo encuentras”. En el mail, un chico que se llama como yo, y yo me llamo como mi abuelo. Mismo nombre, mismo apellido. Me escribe que él también estaba investigando sobre sus parientes desde que su abuelo había empezado a contar cosas raras quizás por el miedo a morir. Me ha dejado su número. Le llamo.

Me cuenta que después de haber vivido en el norte del país, su familia decidió volver a vivir en una ciudad del sur. A dos horas de donde vivimos nosotros.

Espero a que mi abuela vuelva de la misa y le cuento lo que acaba de pasar.

Escucho a mi abuela farfullar.

– ¿Qué? – le pregunto.

– Vamos a ver al fantasma ese.

«Enredados»

La Nieta

Como de costumbre todos los domingos después de comer, nos reunimos la familia, para tomar el té con la abuela. *¿Qué nos contara hoy?, ¿Volveremos a escuchar la misma historia?*

Hay que ver como su cabeza está llena de enredos, manojos de pensamientos y recuerdos que se entrecruzan entre ellos perdiendo la conciencia del tiempo y del momento exacto, como si fuese un mundo paralelo.

Retomamos. *“Ay hijas cuanto lujo hay ahora... en mis tiempos las cosas se hacían de otra manera”,* parece que este tema le tiene fascinada, el cómo ha cambiado todo en tan poco tiempo y cómo una simple imagen o palabra puede enredar las redes informativas de un país o ir más allá. No lo entiende, *“Ay hijas, es que no consigo entender como puede ser todo tan rápido... ¿Cómo llamáis a...?”* *“las Redes Sociales”, “eso, eso, explícame niña como funciona...”*

Imposible, no hay manera de que conciba las nuevas tecnologías, a excepción de la Smart TV claro... Pero ella sigue aguja en mano tejiendo los patucos de su primer biznieto mientras melancólica afirma *“qué tiempos aquellos que ya pasaron...”*, *“pero abuela por qué dices eso...”*

“¿No lo ves hija? si su propio nombre lo indica - Redes Sociales - una vez estas dentro de ellas encontrar la salida es muy difícil. Mira las redes de narcotraficantes que están ahora tan de moda en las series que veis, o esa frase tan popular “caer en sus redes”, piénsalo, si hasta los pobres pececillos una vez entran en las redes de los pescadores quedan atrapados y les es imposible salir. Las redes son conceptos y elementos a prueba de bala, mira la resistencia de las telarañas, ¿Qué será entonces de la sociedad hija?”.

Y con toda tranquilidad ella sigue tejiendo la red de punto que envolverá a su primer biznieto.

«La imprescindible Diana»

Aliena

— ¿Qué nombre te quieres poner? —Diana estaba entusiasmada con su propósito de aquella tarde.

— ¿Cómo que qué nombre? Pues María José, ¿qué nombre me voy a poner?

—Mujer, en las redes sociales la gente no siempre utiliza su nombre real. Puedes llamarte «Mariajo» ¡o incluso «Ratita Presumida», si te da la gana! —Las carcajadas no se hicieron esperar.

—«Ratita Presumida» está bien, hoy tengo el día atrevido.

Estuvieron algunos minutos rellenando datos mientras se tomaban el café que Diana había preparado para ambas. También les llevó un buen rato elegir la foto que María José se pondría para que la vieran sus amigos de internet.

—Ahí dice que ponga también mi teléfono.

—Creo que mejor no. El otro día leí en un blog que no es muy recomendable poner según qué datos en internet.

—Internet te pide el teléfono y a la vez no te aconseja que lo des... Me parece a mí que estos de internet no tienen las ideas muy claras.

El teléfono de Diana empezó a vibrar y a continuación comenzó a sonar un tema de los Rolling. Descolgó muy a su pesar, ya que adoraba esa canción.

—Hola, Diana, soy Agustín. ¿Cómo estás?

— ¡Agustín! ¿Qué tal? ¿En qué puedo ayudarte?

—Verás, es que necesito ayuda con un asunto... ¿Recuerdas el chat ese que me enseñaste el otro día? He conocido a alguien muy interesante y me muero por quedar en persona, pero me ha pedido que nos veamos por *webcam* antes.

—Sin problema, creo que tengo una cámara web por casa que ya no utilizo. Mañana te la llevo.

— ¿En serio? ¡Qué bien! No sé qué haríamos en este pueblo sin ti. Hoy en día no puedes hacer nada si no sabes usar internet. Si te montaras un negocio, ¡te harías de oro!

Alguien entró en la habitación cuando Diana estaba a punto de contestar.

— ¿Dónde está la abuela más guapa del mundo? —preguntó Paloma—. Tengo un abrazo muy grande para ella.

—Ay, Agustín —contestó Diana hablándole al teléfono mientras cogía a Paloma en brazos—, ¡eso ya no se lleva! Ahora hay que hacerse *influencer*, como dicen los jóvenes. Además, esta preciosidad de nieta que tengo y sus hermanas ocupan la mayor parte de mi tiempo.

«Tu primer Twit»

Verónica Viena

Descuelgo el teléfono y comienzo a marcar de memoria el número de tu casa: ocho, seis, cinco... dos, dos... dos, seis; por el sonido de las teclas, sé que he marcado correctamente. Un tono, dos... y espero hasta un tercero.

- Hola yaya, ¿estás en casa? ¿Me puedo quedar a dormir hoy en tu casa?
- ¡Hola nena! ¡Claro que sí, cariño! voy a ir esta tarde a la peluquería y creo que sobre las seis ya habré acabado. Llámame luego otra vez antes de venir.

¡Tu respuesta al otro lado del cable me alegra tanto! El plan de muchos sábados contigo; de sábados de hace algo más de veinte años. Giro la cabeza hacia mi madre con gesto afirmativo. Hasta entonces pasamos una feliz tarde en familia, comemos, jugamos, etc.

Llegamos en coche en un santiamén. Al llegar, nos recibes con la permanente perfecta, la bata de lunares y unos zapatos negros de cordones. Recuerdo los gestos repetitivos al abrir la puerta: tu mano deslizándose por el lateral de la bata, como limpiándose de haber pelado una manzana, los brazos abiertos para darme un cálido abrazo, tus manos rozando las comisuras de tus secos labios. Me ofreces como siempre un huevo frito con patatas. Acepto a sabiendas que mi madre pondría el grito en el cielo. Tras cenar, nos sentamos en las butacas del comedor. Vemos “Noche de Fiesta”. Murmuras que las mujeres, a diferencia de los hombres, bailan ligeras de ropa.

Entornas los ojos y me levanto buscando tus gafas: “Yaya, pónelas, así verás mejor el año 2019”. En un sábado como hoy te habría llamado desde mi teléfono móvil, sin tener que memorizar el número de tu casa. No habría escuchado ningún tono, puesto que ese número ya no existe. Ni siquiera existe el teléfono físicamente; está ausente como mi yaya.

Según google maps, una aplicación de mapas, apenas seiscientos metros separan nuestras casas. Al llegar a la puerta, podría inmortalizar tus gestos con otra aplicación llamada boomerang que consigue una sucesión de fotos en bucle.

Cenamos unos huevos fritos con patatas que hoy en día llamamos “recetas de la abuela”.

Se me va cerrando el ojo y de repente apareces por la puerta de la cocina. Te acercas para darme besos de banda ancha y llevas también un vaso de agua. Sumerges las manos en el vaso y me salpicas con agua para que me despierte y me vaya a la cama.

Al abrir los ojos, ya es mañana de domingo soleada, y mi madre me viene a buscar. En el muro delante de tu casa hay dibujada una paloma de la paz. Tal día como ese pasaste a la era virtual con tu primer tweet “30 de enero, día de la paz.” Mi madre y yo leemos en voz alta. Señal buena. Muy buena. Conexión establecida.

«Reflexiones»

Garibaldi

Me gusta escribir con una buena lapicera, de esas que se deslizan por el papel, como el viento de primavera cuando acuna las ramas floridas de la Santa Rita. Me gusta escribir con una buena lapicera, de esas que se deslizan por el papel, como las hojas del jazmín que quedan flotando en el agua de la fuente, sin prisa, en círculos, parsimoniosas. Quieren enseñarme a escribir en esos teclados que ni siquiera teclean al apretar cada tecla, tic – tic – tac – tic, con el canto de mi vieja Remington. Y acompañar la escritura con ese “maus”, que hay que sincronizar apretando el botón derecho, no ahora el izquierdo, no, mantenelo apretado, no, si no lo mantenés no podés marcar el texto para copiar, ¡por favor! Me costó menos estrés aprender a manejar, apretar el embrague, poner la palanca de cambio y acelerar. Pero manejar tenía un propósito claro. ¿Para qué se empecinan mis nietos en querer que aprenda a usar estas máquinas? Si puedo escribir con mi lapicera y mis papeles, suaves, sepia, blanquecinos. Texturados, decorados, ensoñadores. Me dicen que puedo cambiar los tamaños y los tipos de letra. ¿Para qué? Me gusta mi letra. Las letras son parte del alma de las personas (la otra parte es la voz). La voz y la letra; la letra y la voz. Esa soy yo. Y cuando estoy apurada, mi letra es el mar; cuando estoy en paz, mi letra es el crepúsculo; si estoy triste, mi letra es mi nietita cuando hace un pucherito; si estoy feliz, mi letra son los pájaros. En estos teclados, mi letra es nadie, mi letra es un mensaje con la identidad desgarrada. ¿Para qué insisten? Y puedo “guglear” las noticias. Me mareo en la marea de información que sube y baja; ¡déjenme con mi diario de los domingos!, que me lo voy comiendo de a pedacitos, como una torta del chocolate más puro, que no quiero que se termine. Y cuando se va terminando, recibo una nueva. Además, ¿para qué quiero tantas noticias, tanta información? Apenas puedo deglutir algunas. Con el diario, me basta. Construyo la identidad de quienes escriben porque, es verdad, tampoco veo sus letras, pero toco ese papel áspero, tintoso, histórico. ¿Por qué tanta pasión por enloquecer? ¿Por qué? ¿Y el “feisbuk”? Mis nietos me hicieron uno. Entro y encuentro miles de personas que fueron parte del pasado, aunque más no sean imágenes desteñidas. De mi pasado y del de otros. No entiendo por qué me escriben tantos. Yo nunca les escribí. Además, todos quieren ser mis amigos, ¿qué les pasa? ¿Por qué gente que ni me conoce, no sé, amigos de mis hijos e hijas quieren ser mis amigos? Todo el tiempo, dale que dale. Yo nunca les escribí; ni sé cómo me conocen. Mis nietos me dicen que yo los “acepté” y por eso los veo. Yo no acepté a nadie; y dale con este que aparece una y otra vez. Un cocinero, que encima vi en la tele un par de veces y me parece un desastre. Y mis nietos me dicen que les “di un me gusta”. ¿Un qué?, les digo. A mí no me gusta este tipo, es un desastre. “No, les diste un me gusta”. Mientras me dicen eso, el cocinero aparece

otra vez, hoy con una polenta con hongos que harán de tu paladar las delicias del paraíso. ¿Qué se cree? Ni siquiera me gusta la polenta. Trato de explicarles a mis nietos que yo nunca le escribí a ese cocinero y ellos se ríen. No me creen. Y no sé por qué entro una y otra vez al feisbuk. Me gustaría que no hubiera tanta gente queriendo ser tu amiga. La amistad es personal, es íntima, es empática, es “me gustás”, no “me gusta”. Jaja. Nos olemos como los perros, nos reconocemos, nos gustamos. Pero debo confesar que hay algo que sí me gusta, y es la pintura. Y con el feisbook, el Museo de Bellas Artes quiso ser mi amigo y me manda imágenes de las obras que guardan. Y después quiso ser mi amigo el MOMA, y después el Museo d’Orsay. Y el MUNAL. Y el Museo Nacional de Arqueología. Y este y el otro, y por eso entro tanto. Porque miro, miro, y me acongoja tanta hermosura. Los trazos, los colores, las luces, la suavidad de las esculturas. Las culturas, las cosmovisiones, la creatividad, la sutileza, la percepción. Me matan mal, como dice mi nieta. ¿Por qué mal, no? Qué paradoja. Me matan bien. La pluma, el pincel, van de la mano; son de la mano. Y también me hicieron abrirme un mail, para que me escriba con mis amigas. No sé por qué, porque tengo teléfono. Además, cada vez que abro el mail (¡Uf! Casi un curso de un año para entender que primero tenía que poner ese nombre con una contraseña, que me tuve que anotar porque me la olvido), solo me escriben bancos, supermercados, revistas, casas de ropa. No sé por qué. No sé para qué sirve. Una sola vez me escribió el marido de Nilda para contarme que había pasado a mejor vida. *Alla faccia e soreta*, como decía mi abuela. Mis nietos me dicen que me mandaron fotos, pero yo no las veo. ¡Bajalas!, insisten. No sé a dónde, si no me las mandaron. Habría sido lindo verlas. Cuando los veo, mi cuerpo se energiza como las ramas de este cedro tan añejo, que siguen las ondas de viento otoñal y renuevan su verde acerado contra ese cielo tan liso, al que hoy le dieron diez manos de pintura. Así me siento cuando los veo. Si alguna vez me muero (porque eso es algo que no sabemos), voy a asegurarme de haber abrazado a mis chiquitos y chiquitas, a mis hijas e hijos, a mis amigas y amigos, en un abrazo de esos en los que sentís el cuerpo del otro, calentito, que te conmueve; voy a dejarles escrito que los quiero, que no se peleen, que traten de sentirse en armonía con este mundo tan extraño, que hoy es de plástico, y se los voy a decir con mi letra de pájaros, de benteveos y zorzales, de horneros y torcazas, de picaflores, hermosos, etéreos, mágicos. Y les dejaré mis fotos, así no tienen que bajarlas. Abrazo de cuerpos y de papeles.

LISTA DE AUTORES Y LECTORES

Autores

Rocío Ahuja
Almudena Álvarez Castillo
Miguel Amores
Christian Arista Rojas
Alejandra Balaguer Pérez
Alicia Borràs Girbés
Rebeca Brillas Ángeles
Isabel Calderón
Giorgina Cerutti
Paula Chiarino
Martha Corzo Castañeda
Claudia Fresán
Luz Gómez
Rocío Gómez Zamora
Fernán González-Alemán Sánchez
Sandra Bibiana Lauría
María Victoria Martínez López
María del Mar Moya
Noelia Ojero Domingo
Carmine Pascuzzo
Inma Piorno Martínez
Marcos Manuel Randulfe Sánchez
Laura Rey-Stolle Tortosa
Cecilia Sámano
Ana Sánchez-Bayo Álvarez
Laura Vernaz
Salvador Ricardo Virgen Aguilar
Ana Weyland
Camila Zapata

Lectores

Marta Artero
Alfonso Ferrer Amich
Fernando García Alonso
Luis Fernando González Trujillo
Patrocinio López Herrada
Fiorella Parodi Gabbiani
María Nóbrega